

«Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio»

A medida que lea acerca de los esfuerzos de Pablo por predicar el Evangelio, podría recibir impresiones del Espíritu mediante pensamientos y sentimientos. Anote esas impresiones, y haga planes para ponerlas en práctica.



Pulsa sobre los botones azules, contienen contenidos digitales



Aumenta tu entendimiento de las escrituras

Los cristianos y la élite de Corinto

El cristianismo llegó por primera vez a [Corinto](#) cuando Pablo lo visitó durante su segundo viaje misionero (ver Hechos 18:1-11). Este hecho se puede datar durante el otoño del 51 d.C. debido a la audiencia que le concedió el gobernador L. Iunius Gallio Annaeus, cuyo mandato ha sido fechado por una inscripción. Corinto en ese momento era un próspero centro económico y político, con puertos importantes a ambos lados del estratégico istmo de Corinto y servía como capital de la provincia romana de [Acaya](#). En realidad, los romanos destruyeron la ciudad en el 146 a.C. dejando poco más que los templos de la ciudad en pie, pero en el 44 a.C., Julio César reconstruyó la ciudad como Colonia Laus Iulia Corinthiensis, asentando en ella a ciudadanos romanos libertos (esclavos liberados) así como veteranos de guerra. La prosperidad de Corinto atrajo a colonos de las regiones circundantes de Grecia, que gradualmente restauraron su estatus de ciudad griega, aunque una proporción sustancial de la población continuó teniendo la ciudadanía romana y se consideraban romanos, un hecho que no se puede olvidar al considerar los factores sociales, culturales y políticos que Pablo abordó en sus cartas.

Las oportunidades económicas atrajeron a más colonos, incluyendo un número sustancial de sirios y judíos. Debido a la consideración de Corinto como colonia romana, era un destino natural para muchos judíos romanos cuando fueron expulsados de Roma por un edicto del emperador Claudio en el 49 d.C. que explica la llegada de Aquila y Priscila en Hechos 18:2-3. La prosperidad económica en Corinto llevó a que se profundizaran las divisiones sociales y económicas a medida que los ricos se hacían cada vez más ricos. La élite de la ciudad, que tenía mayores oportunidades para la educación, así como la participación cívica y cultural, habría sido influenciada no solo por la cultura y la filosofía griegas, sino también por la llamada «cosmovisión agonística» (del griego agōn de «concurso, competición o juego»). Durante siglos, esta arraigada competitividad llevó a los griegos a luchas entre sí por la preeminencia, ya sea en deporte, arte o política, que tal vez contribuyeron al orgullo que Pablo trató en su carta (1 Corintios 1:10-4:21).

Pablo permaneció durante dieciocho meses en la ciudad, esto le permitió establecer una iglesia fuerte allí, dando comienzo a una larga relación entre el apóstol y los cristianos de Corinto. Esta congregación incluía a algunos judíos, como Crispo, que anteriormente había sido un líder de la sinagoga (Hechos 18:8; 1 Corintios 1:14), y quizás Sóstenes, quien se enfrentó a Pablo durante su primera visita, pero que puede ser también el mismo Sóstenes que ayudó a escribir la carta que ahora conocemos como 1 Corintios (Hechos 18:17; 1 Corintios 1:1). La mayoría de los cristianos, sin embargo, eran ciertamente romanos o griegos, y algunos de ellos parecen haber gozado de una buena situación económica, como Justo, un prominente creyente en Dios cuya casa estaba al lado de la sinagoga judía (Hechos 18:7), Gayo y Estéfanos a quienes Pablo identifica como «las primicias de Acaya», es decir, sus primeros conversos (1 Corintios 16:15). Mientras que Pablo dice al principio de su carta que «no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» que fueron llamados cristianos (1 Corintios 1:26), implica que algunos sí lo eran. Un comentarista sugirió que Gayo, Estéfanos y Crispo «eran personalidades prominentes de alto rango, estima y probablemente riqueza, dentro de las comunidades romana, griega y judía respectivamente». Otros cristianos prominentes posiblemente adinerados son Febe, una empresaria del puerto corintio de Cencrea (Romanos 16:1-2), y Erasto, tesorero de la ciudad de Corinto (Romanos 16:23).

Pablo parece que tuvo éxito al menos en parte de la élite local en las otras ciudades griegas donde evangelizó, por lo que a ese respecto, su éxito en la conversión de miembros de los más elevados estratos socioeconómicos en Corinto no necesariamente fue algo único, aunque si está mejor documentado. Lo que está claro, sin embargo, es que la congregación corintia se dividió rápidamente por disputas y divisiones internas. Estas divisiones parecen ser causadas por diferencias socioeconómicas entre sus miembros, en particular porque los cristianos más ricos, que probablemente acogían la mayoría de los servicios de adoración en sus hogares, pensaron que el liderazgo naturalmente debería recaer sobre ellos. Además, pudo haber habido cierta discriminación intencionada contra los menos afortunados en la congregación (1 Corintios 11:17-22). Aunque posiblemente los cristianos aludidos por sus

nombres no fueran los receptores de las correcciones de la carta de Pablo, no obstante, representan a una clase bien educada y particularmente susceptible a las aberraciones doctrinales o de comportamiento que pudieran surgir de su propia erudición.

Enseñando a los griegos sobre la resurrección

Pablo fue a una sinagoga en [Tesalónica](#) para predicar el sábado. Él enseñó usando las Escrituras que era necesario que Cristo sufriera y que resucitó de entre los muertos. Este fue el Jesús de quien Pablo testificó. Algunos de los tesalonicenses le creyeron. Como sucedía a menudo, la oposición forzaba a Pablo a huir por su vida (Hechos 17:1-9). Pablo y sus acompañantes pasaron por Berea, donde tuvieron mucho éxito, quedándose allí Silas y Timoteo (nuevos compañeros misioneros) para hacer el trabajo. Pablo se dirigió hacia Atenas.

[Atenas](#) era el centro cultural y de erudición del mundo antiguo. Muchas personalidades prominentes del mundo conocido enviaban a sus hijos a estudiar a Atenas. Los griegos eran admirados como la élite del mundo. Su idioma, arquitectura, filosofía, arte y costumbres eran adoptados por todo el mediterráneo. Además, Atenas era una ciudad «entregada a la idolatría» (Hechos 17:16). Pablo se dispuso a hacer su trabajo.

Se dirigía diariamente al mercado y a las sinagogas durante el sábado para predicar su mensaje. Discutía intencionalmente con los atenienses. Llamaba la atención. Algunos decían que era un charlatán. Los filósofos atenienses le acusaron de proclamar dioses falsos y nueva doctrina porque les predicó a Jesús y la resurrección. Se invitó al apóstol a hablar con los atenienses en el «[Areópago](#)», el cerro de Ares o Marte (Hechos 17:17-21).

Saulo de Tarso, ahora el apóstol Pablo, se puso ante los hombres más sabios de su época. Se encontraba cerca de un altar dedicado al llamado [dios desconocido](#). Deseaba hablar por el Espíritu para conmover los corazones de los honestos. Su proclamación fue una maravilla. Testificó contra los dioses idólatras y a favor del Dios del cielo. Pablo les habló del Dios resucitado de Israel, a quien ellos no conocían. Les dio a entender que, al adorar al dios desconocido, indirectamente los griegos adoraban a Dios, el Creador (Hechos 17:22-31).

Cuando Pablo mencionó la resurrección, algunos griegos se burlaron de él y tuvo que dejar de hablar. A pesar de ello, enseñó doctrina clave: (1) Dios es el Creador de todas las cosas; (2) a Él no se le adora con creaciones humanas: Él lo creó todo, no necesita nada material; (3) todos los hombres son una sola sangre; nosotros somos hermanos; (4) debemos bus-

carlo seriamente; (5) somos hijos de Dios; (6) porque somos suyos, no debemos considerar que Él está hecho de plata u oro; (7) debemos vivir vidas de arrepentimiento; (8) habrá un juicio; (9) parte de ese juicio será la resurrección que vive en Cristo Jesús. Algunos se burlaron de él, pero unos pocos creyeron sus palabras. Se fue de Atenas y se dirigió a Corinto. Allí, escribió su primera epístola a los tesalonicenses.

Los tesalonicenses, como muchos santos modernos, se estaban alejando de la doctrina. Pablo les escribió y les animó a seguir firmes. Hacia el final de su carta, Pablo animó a los santos con la promesa de la resurrección de los justos. Debieron haber albergado dudas sobre la veracidad de la resurrección, pero Pablo les aseguró a los tesalonicenses que «Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él» (1 Tesalonicenses 4:14).